

NOTA

Un nuevo semitismo en Apocalipsis 14: tierra o ciudad

1. Miguel Dahood ha llamado la atención repetidas veces, en sus proficuos estudios por penetrar cada vez más el sentido genuino del hebreo bíblico valiéndose del ugarítico, sobre el hecho que la palabra 'éres, "tierra", puede significar a veces "ciudad".

Así sucede en fenicio. La noción compleja de tierra como unidad política o nación, según la entendemos hoy, no existía propiamente en aquel tiempo. Prevalecía el concepto de ciudad-estado o grandes capitalidades con su zona de influencia, como Tiro, Sidón, Beirut o Ugarit. La frase fenicia šdn 'rš ym (Ešmunazor 16.18) significa "Sidón, *ciudad* marina". La inscripción de Yehawilk menciona insistentemente a Biblos y llama a sus habitantes 'm 'rš z, "la población de esta *ciudad*".

Los setenta vieron tal sentido. Tradujeron en Qohélet (10,16): "¡Ay de ti, *ciudad-estado* ('rš = polis), cuyo rey fue un esclavo!". El sentido semítico de 'éres es, pues, más rico y complejo de lo que se creyó hasta ahora.

Se van encontrando nuevos ejemplos en el hebreo del Antiguo Testamento, en los que se encierra este sentido. En el Elogio a la mujer esforzada de Proverbios debe traducirse: "entre los senadores de la *capital*" ('rš, Prov 31,23), donde el balanceo paralelístico del primer colon acopla mejor "las puertas" con "ciudad" que con "país". También "ciudad", y no "país, es la mansión de los muertos, puesta en paralelismo con "las puertas de Seol" (apò ges, Sir 51,9), e igual sucede en Jonás: "Bajé a la ciudad (de los muertos: 'rš), y sus alamudes quedaron tras mí para siempre" (Jon 2,7; cf. Dt 3,5; Jue 16,3). Lo mismo en Jeremías, porque no se puede aventar "en las puertas del país": "Los aventé con bieldo a las puertas de la *ciudad*" ('rš, LXX laós, Jer 15,7). Lo mismo puede decirse del Salmo 141,7 (epì tes ges) y Prov 29,4.

El concepto tiene de este modo afinidad con nuestra palabra “lugar” plurivalente: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme”, donde se significa pueblo concreto más que un sitio vago o una región amplia, en virtud de la palabra.

2. Esta constatación puede iluminar el Apocalipsis, especialmente el capítulo 14. Porque tal sentido de capitalidad puede aplicarse a la Roma pagana de principios de nuestra era y en tal caso queda más marcada la oposición de las dos ciudades. Se dice allí que “se pisó el lagar fuera de la ciudad” (polis, v. 20). En la coherencia visional no se ve por qué toda la vendimia de “la tierra” (v. 19) se llevara a “la ciudad” (v. 20). Se entendería mejor si la palabra griega “ge” se considerara como una traducción material e ideológica perfecta del sentido *’ères*, ciudad-estado o capital. Así, cuando se da la voz de mando al mensajero celeste se le dice que corte los racimos de la parra o viña de “la ciudad” (tes ges, v. 18), porque ya están maduras sus uvas, y el enviado aplicó la podadera a “la ciudad” (eis ten gen, v. 19) y vendimió la vid “de la ciudad” (tes ges, v. 19) y lo echó en el gran lagar, y fue pisado fuera “de la ciudad” (tes póleos, v. 20).

Cuando, en el mismo pasaje, el enviado anterior siega el trigo que ya maduró, es “en la ciudad” (ho therismòs tes ges, v. 15), porque echó la guadaña sobre “la ciudad” (epì ten gen, v. 16) y fue segada “la ciudad” (he ge, v. 16).

Esto facilita una reintrepretación de todo el capítulo. El Cordero-Jesús está sobre el monte Sión con los ciento cuarenta y cuatro mil (v. 1.^o), es decir en el Templo, sea que “monte Sión” se entienda del geográfico en Jerusalén y su Templo, sea que se aluda al celeste (cf. v. 2-3). Hay un salto y oposición cuando se anuncia inmediatamente que caerá Babilonia (v. 8). Se comprende mejor que los ciento cuarenta y cuatro mil hayan sido comprados a mercado “de la ciudad” (apò tes ges, v. 3), por ser perfectos o sin defecto, al no adorar la Bestia, como las víctimas que tenían que ser presentadas a Yahweh en el Templo (Lev 1,3.10; Mal 1,7-9). Primero se avisa a los “instalados en la ciudad capital” (epì tes ges) y luego a todas las naciones (v. 6) que se conviertan. Pero el castigo viene de parte del que hizo “el cielo, la tierra (ten gen), el mar y las aguas” (v. 7), quien mandará quemar con fuego y azufre a los recalcitrantes delante de “los ángeles, *de los santos* (los 144.000) y delante del Cordero” (v. 10).

Así se resolvería mejor la frase que ha dado siempre dificultades: "los habitantes de la tierra" (cf. 6,10; 8,13; 11,10; 13,8.12.14; 17,2.8), que debe tomarse en sentido peyorativo como de idólatras perseguidores y a veces podrían ser "los habitantes de la ciudad" capital, foco por eso mismo y entonces de maldad y corrupción antieristiana.

SEBASTIÁN BARTINA

(1) M. DAHOOD, *Proverbs and Northwest Semitic Philology* (Rome 1963) 62-63; Id., "Biblica" 44 (1963) 297-298; 47 (1966) 280; Id., *Hebräische Wortforschung*, Fst. W. Baumgartner (Leiden 1967) 46-47; O. EISSFELDT, "Deutsche Literaturzeitung" 84 (1964) 303; A. BARUCQ, *Le Livre des Proverbes* (Paris 1964) 234; R. B. Y. SCOTT, *Proverbs*, "The Anchor Bible" 18 (Garden City 1965) 187.